
LEYENDAS DE BALACHA: FIGURAS MITOLÓGICAS

MARIO MULÉ RIBALA
M^a CARIDAD RILOHA EBUERA

LOSOVÉ

La tradición presenta a Losové, como el antepasado más remoto de la casta social de los Valosoove y portavoz, por muchos años, de la tribu de los Valacha-lacha ante la monarquía federal bubi en el reino de Moka

Su función era trasladar información de las necesidades de dicha tribu al rey y al parlamento bubi (*ijúa*) en el poblado de Oloita. Losové se encargaba también de ejecutar los «mandatos» del rey ante los Valacha-lacha y de formular las recomendaciones necesarias para una feliz culminación de los mismos, para lo cual contaba con el apoyo de los jefes de pueblo y los cabezas de familia.

En su comunidad, tenía la función de recibir las reses (cabras, gallinas, etc.) para realizar las ceremonias que el rey presidía. Se guiaba del censo para fijar el cupo de cada familia. En dicho censo se inscribía el número de animales sagrados por familia.

Si la cantidad de reses exigida por el rey no quedaba cubierta con las aportaciones familiares, Losové tenía la facultad de decretar el embargo general sobre los animales sagrados del pueblo que no estaban estabulados. El decreto se ejecutaba por medio del «evochivochi», que consistía en perseguir y capturar las reses indiscriminadamente por todo el pueblo hasta completar el cupo.

La captura adicional no generaba polémica alguna, ya que los bubis entendían que aquél a quien le hubiera tocado completar este cupo tras haber hecho su correspondiente aportación, había sido elegido por el espíritu que se iba a honrar.

Pero al cabo del tiempo Losové se convirtió en un hombre corrupto: se valió de su facultad de decretar el embargo sobre las reses de todos los bubis de Balacha y amasó para sí una gran fortuna, convirtiéndose en el hombre más rico del pueblo Ylatya.

Lojúa, embajador permanente ante el rey, recibió quejas de los valacha en el sentido de que no todas las reses aportadas se destinaban a

menesteres espirituales. Losové fue juzgado ante los tribunales del reino por el delito de apropiación de los bienes de los espíritus, así consideradas las cabras, vacas, ovejas, gallos...

En castigo, fue desterrado a Avilelepa, feudo del gran guerrero Djiva, al norte del país, donde cumpliría condena. Y allí se redimió como buen mediador en la solución de conflictos. Después se hizo comerciante y destacó como guerrero.

Djiva, viendo su valía, quiso reconocerle sus méritos militares nombrándole su lugarteniente; mas, para esto, le obligó a pedir perdón por los errores cometidos en Balacha. Losové pidió perdón en un acto público a los Valacha- lacha y el pueblo le perdonó y devolvió todos sus bienes.

En la tradición bubí, Losové ha sido siempre un espíritu con delicadas funciones:

- Transmitir mensajes y realizar cometidos entre el mundo de los vivos y el más allá.
- Evitar las transgresiones de las leyes matrimoniales bubis: tomando forma humana, castigaba la exogamia conquistando al trasgresor/a y propiciando después su muerte.
- Ante la superioridad manifiesta de un grupo tribal bubí sobre otro en el campo de batalla, para evitar el genocidio, se presentaba como guerrero y protector de la parte débil equilibrando la contienda y forzando, con ello, al diálogo para la solución del conflicto.
- El día en que en la Isla se hacía la ceremonia del fin y comienzo de las cosechas (*Ē roomo re pëpë*), se prohibía al pueblo ir a las fincas. Losové se presentaba a los infractores de esta norma en la forma en que sabía que podía asustarles, obligándoles a regresar al pueblo.

Actualmente, en la tradición bubí Losové sigue cumpliendo con sus funciones de mensajero en las consultas espirituales, así como las de guerrero cuando se le invoca adecuadamente.

MARIO MULÉ RIBALA

Ö TÖGÜERE

La caldera de Lubà, un cráter desmoronado hacia la bahía de Lubà en lo que constituye el cauce del río Tudela, sigue siendo uno de los parajes inexplorados de la isla de Bioko ya que nadie ha logrado hasta hoy

completar su recorrido. No obstante, los excursionistas y biólogos que lo han visitado siempre han declarado que es hábitat de raros especímenes animales y vegetales.

Este hecho no es una realidad desconocida por los habitantes de la región de Balacha, cuyos poblados están enclavados en las laderas de dicha caldera. Incluso los más jóvenes en sus comunidades saben que habita la caldera una raza de hombres de pequeño tamaño, divertidos, medio-espíritus, medio-humanos, y con facultades extraordinarias: los *Tögüere*.

A decir verdad, nadie parece haber visto a estos personajillos; no existe descripción alguna de su aspecto físico, ya que incluso los que aseguran haberlos tenido cerca no son capaces de explicar su fisonomía. Se sabe que su aspecto es de humanos de pequeño tamaño porque sus huellas coinciden en forma y tamaño con las de nuestros infantes.

Los *Tögüere* gustan de la compañía de los hombres, a los que se muestran de vez en cuando protagonizando anécdotas que resultan divertidas una vez superado el susto de la experiencia: su forma incorpórea, sus sonidos claramente humanos aunque ininteligibles, sus risas infantiles, su gran rapidez de movimientos, la ingravidez de la que gozan, constituyen razones más que suficientes para bloquear la voluntad incluso de los iniciados en el secreto de su existencia.

Los cazadores de la región aseguran que el asentamiento de los *Tögüere*, enclavado en una enorme y extensa oquedad en las paredes verticales de la caldera, es visible en días claros; aseguran que se ven tierras cultivadas, pudiéndose adivinar plantas semejantes a las que cultivan los lugareños; y hay de los que aseguran haber visto este poblado misterioso iluminado momentáneamente por luz eléctrica en noches oscuras de espera para la hora del *Ėvĕchi*¹.

Ėvoidjë era un anciano bien amado por su gente; respetado en todo Balacha, en donde había iniciado a muchos jóvenes en el arte de la cacería; y admirado por los hijos de su *löva*², a quienes dejaba siempre boquiabiertos o alborozados, ya en atenta escucha de sus fantásticas

¹ *ĖVĖCHI*: Caza que se lleva a cabo al amanecer o atardecer, aprovechando el desplazamiento de los animales a los lugares de comida, bebida y a sus madrigueras.

² *LÖVA*: patio particular del clan familiar.

narraciones, ya intentando ser los primeros en acertar sus ocurrentes adivinanzas.

Quizás por tantas horas de soledad compartida en los bosques de Balacha, Riaambà y Ureka, había terminado adoptando algunas costumbres de sus perros: en este preciso instante olfateaba el aire, lo cual indicaba que algo estaba fuera de su natural orden. Hacía rato que se había quedado ensimismado, cabeza y tronco apoyados en un *evodà*³ de la pared de la cocina, la mirada fija en el zinc renegrido del techo, disfrutando de su pipa después de cenar. No había recibido ninguna señal de alarma, y sin embargo...

Aparte de la postura horizontal que adoptaba en su cama, ésta era la que más le relajaba; así pues, sin moverse, decidió investigar lo que pasaba: su esposa seguía cacharreando y silbando allá al fondo de su cocina (buena señal), el peso de su benjamín era el adecuado sobre sus muslos (hasta que la madre terminara la faena)... ¡Ahá! Lo que echaba de menos era el bullicio de los demás. Repentinamente alarmado, bajó la cabeza en busca de sus hijos. Allí estaban con los ojos fijos en las últimas filigranas que inconscientemente había ido formando con el humo de su pipa. Suspiró procurando disimular su desasosiego, pero su mujer había dejado de silbar (se la imaginó sonriendo), y sus ojos se encontraron con al menos ¿una docena de ojos? No se había dado cuenta de su llegada, pero estaban también los amiguitos de sus hijos.

- Papá, cuéntanos algo ¿no?

- A ver, a ver qué os cuento yo hoy. Pues os voy a contar algo que me sucedió un día en el bosque siendo joven, aunque no tan joven porque ya estaba casado y era padre de dos hijos.

Un día salí de *ëvèchi* a la zona de nuestra gran caldera. Puse mi despertador a las dos y media de la madrugada. Me vestí con la ropa de bosque, calcé las altas y fuertes botas de goma, lavé mi cara con agua bien fría, entré a la cocina donde comí algo de las sobras de la cena, cogí mi escopeta de calibre 12 y mi mochila, y me puse en camino hacia la caldera. Aproximadamente a doscientos metros de casa, me di cuenta de que mi fiel perro Blacki no me seguía y lo llamé con el silbido habitual. Se presentó al final del pueblo, apenas me introduje en la oscura selva, sendero arriba.

³ *EVODÀ*: tronco de helecho arborescente utilizado en la construcción tradicional.

No me parecía que hubiéramos andado más rápido que otros días. Sin embargo la oscuridad del firmamento y los ruidos del entorno indicaban que aún faltaba tiempo para el amanecer cuando llegamos a nuestro destino. Decidí encender una hoguera para calentarnos durante la espera.

Busqué por los alrededores ramas secas para leña, que amontone adecuadamente para encender el fuego. Con la rodilla hincada en el suelo, metí mi mano en la mochila y extraje un envoltorio, lo abrí y separé la cantidad de *mënno*⁴ que necesitaba para encender; volví a meter mi mano en la mochila, esta vez para sacar el mechero; pero justo cuando iba a hacer el gesto de encenderlo, quedé paralizado ante la maravilla que contemplaban mis ojos porque allá, en el gran hoyo aún oscuro de la caldera, se veía un lugar iluminado.

Instintivamente me erguí y, cuando había dado dos pasos hacia el objeto de mi curiosidad, se desvaneció la luz, tan repentinamente como había aparecido. Volví sobre mis pasos y retomé la actividad interrumpida pensando, no obstante, en lo raro de esa iluminación en medio del bosque y en un lugar tan inhóspito; porque no podía provenir de la hoguera de otro cazador -nadie era tan loco para encender una hoguera tan grande-, además una hoguera no se encendía y apagaba así, tan rápidamente como lo había hecho aquella iluminación. «¡Eso es, ha sido una iluminación...diría yo eléctrica!» - me dije-, «pero, ¿en medio del bosque?».

Había chascado ya el mechero y me disponía a acercar la llama a los *mënno* cuando de nuevo quedé deslumbrado por una iluminación en el mismo lugar de antes. Sentí un dolor intenso en el dedo pulgar de mi mano derecha y solté el mechero, que me estaba quemando. «Luego estoy despierto y no dormido» -me dije, para tranquilizarme-. Sin variar mi posición, tiré del elástico que sujetaba una gran linterna a mi cabeza, con inusitada calma la posé en el suelo, y enfoqué el haz de luz hacia el lugar opuesto a aquella persistente iluminación -«no vaya a ser que la linterna me esté jugando una mala pasada», pensé-. Pero aquella oscuridad siguió brillando con luz autónoma durante un rato más, hasta que alguien o algo quisieron que se apagara otra vez por sí. Entonces recordé las historias que mi padre me había contado sobre cosas que le habían ocurrido a él y a otros cazadores en esa zona. Era evidente que me tocaba vivir mis propias experiencias, así que pensé en mi interior: «¡Vaya, esta gente debe estar hoy de fiesta!».

⁴ *MËNNO*: fibra seca del dátíl de palma una vez escurrido el aceite del mismo, tras ser machacado. Es muy útil para encender fuego.

Conseguí encender el fuego. Blacki y yo nos sentamos al calor de la lumbre. Justo cuando empezaba a quedarme transpuesto, noté movimientos rápidos alrededor; después ví una leña elevarse del fuego y alejarse por el bosque, acompañada por una risa infantil y alegre. Me froté ambos ojos para despejar el sueño que posiblemente empezaba a adueñarse de ellos. Apenas separé las manos, ví frente a mí otra leña flotando en el aire, como sostenida por una mano invisible, que se alejaba también bajo el bosque seguida de otra risita infantil. En mi perplejidad, sólo se me ocurrió exclamar:

- ¡Ö a Talé mö vöriimue! ¿Kàa nà élé óchieña cho lamma lenà opa'ane lo eña? («¡Dios mío! ¿No has visto otra cosa que mostrarme?»).

Un coro de risas estalló alrededor mío y las pocas leñas que quedaban en el fuego desaparecieron en volandas bajo el bosque.

A Blacki lo descubrí quejándose con aullidos quedos, temblando y acurrucado entre mis piernas. Decidí no molestarme en hacer otro fuego; faltaban unos quince minutos para el amanecer y los dediqué a reanimar al perro.

Llegado a este punto de su narración, Evoidjè pasó revista a las caritas que lo observaban. De repente, alguien rebulló cerca de la puerta. Evoidjè volvió su mirada a ese punto. Su hijo Mooba, cabeza erguida, pecho desafiante, haciendo gala de su naciente hombría, le espetó:

- Pero papá, los *tögiere* no existen ¿verdad?

Por toda respuesta, Evoidjè giró su cabeza hacia su esposa, a la que fulminó con una dura y larga mirada que obligó a aquélla a bajar la suya. Mujer de recursos que era, una vez asumido aquel reproche silencioso no quiso desaprovechar la ocasión para, una vez más, llamar la atención a este hijo tan atrevido. Miró a Mooba, al que dijo:

- Mooba, te he dicho muchas veces que en este mundo en que vivimos no sólo existimos los seres que tú conoces y ves. Deja de hablar inconveniencias y lleva a tus hermanos pequeños a la cama.

Mientras Mooba iba primero a coger al benjamín del regazo de su madre, Evoidjè dio por terminada la velada diciendo:

- Recordad siempre que los *tögiere* no hacen daño a los hombres, son inofensivos. En nuestras comunidades nunca hemos oído contar nada malo de esos seres. Y ahora, ¡a casa todos y a la cama!, que ya es tarde.